

Muy estimados Graduados, ustedes son la razón de ser de todos los que nos dedicamos a diario a esta nuestra universidad, autoridades, profesores y trabajadores todos.

Hace algunos años, 4 o 5 quizás, entraron ustedes en esta vuestra casa, en busca de conocimientos, competencias, horizontes amplios, nuevos amigos, para iniciar exitosamente una buena vida adulta, laboral, profesional, personal; en esta travesía habrán soñado, imaginado, ser los protagonistas de este acto de hoy, y aquí están, cumplida la meta; muchas felicitaciones, seguros de que el tiempo y el esfuerzo invertidos en sus estudios se traducirán en esa mejor vida, llena de logros y satisfacciones, cualquiera sea la actividad, a la que se vayan a dedicar y el lugar en el que vayan a estar.

Aquí, en estos años ustedes fueron espectadores y protagonistas de jornadas heroicas en defensa de nuestra civilidad; tiempos que fueron y siguen siendo de asedio, de hostigamiento, de resistencia, de protesta; tiempos que involucran universidades, empresarios, disidentes, medios de comunicación y comunicadores, en fin, ciudadanos que se enfrentan a los poderes constituidos jugando en muchos casos la vida. Sigán atentos a los asuntos públicos, particularmente de aquellos que atentan contra nuestra vida civilizada, nuestra libertad, como lo han hecho en estos años.

Este interés y dedicación de ustedes a la defensa de los asuntos públicos vitales para la democracia, particularmente en el 2017, fueron sus primeros pasos para frenar al despotismo autoritario actual, y también aquel que, al decir de Maurice Joly en su Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu, se propone “no tanto violentar a los hombres como desarmarlos, no tanto combatir sus posturas como borrarlas...no proscribir sus ideas sino trastocarlas”.

Tenemos entre todos que seguir enfrentando los intentos que pretenden imponernos, a la sociedad como un todo, a las empresas, a la gente, y en particular a las universidades, una doctrina total; el abandono o la subordinación de la universidad, de sus cátedras e investigación al poder establecido, no sólo sería fatal para el avance de la ciencia, la tecnología, el conocimiento; constituiría una abdicación de la comunidad del conocimiento que mataría su imprescindible y consustancial autonomía y libertad.

Como ignorar en este acto solemne de hoy, la amenaza y transgresión a los fundamentos de la vida universitaria misma, tal y como está consagrada en la

Constitución y leyes vigentes; hoy, en estos días, nuevamente, la universidad venezolana, la universidad democrática, plural, autónoma, diversa, universal, confronta un proyecto negador de su esencia; se pretende desde el poder consagrar la anti-universidad.

Ustedes que se gradúan hoy ya son universitarios de por vida; la universidad y el país cuentan con ustedes para cualquier batalla que haya que librar para preservar a la universidad en sus valores y principios fundamentales e irrenunciables.

Donde quiera que estemos, sector productivo o académico, tenemos que negarle de modo absoluto a quien lo pretenda, el exabrupto de indicarle, de imponerle a los universitarios o a los productores, lo que deben pensar, enseñar, investigar o fabricar; gobernarse uno mismo, de eso trata la autonomía y la libertad.

Preservar el derecho al auto gobierno, para que no nos gobiernen otros a su antojo, comienza por interesarse por lo público, informarse y, cuando las circunstancias lo requieren, expresarse y participar. Y ustedes lo hicieron...

Al mundo actual, como nunca, lo mueve la ciencia y la tecnología, el conocimiento avanzado, para bien y a veces para mal. Pero también lo mueven las ideologías, las extremistas de signos diversos, generalmente para mal, y las moderadas, prudentes, sensatas, generalmente para bien.

Es el tiempo de la modernidad, el tiempo del conocimiento y, se supone, el tiempo de la razón que es el lado de la Universidad, y en particular de nuestra Universidad Metropolitana, concebida como una congregación de amigos del saber y del conocimiento, y no de teólogos defensores de un dogma.

La sociedad del conocimiento, de la ciencia y la tecnología, ha llevado a la sociedad contemporánea a límites de bienestar insospechados hace poco tiempo; pero ciencia y tecnología deben ir de la mano de la filosofía y el humanismo; ciencia, tecnología, ideología, necesitan de la filosofía, del humanismo y de las llamadas humanidades o ciencias del espíritu, como las llamara Wilhem Dilthey en su Introducción a las Ciencias Humanas, a fines del siglo XIX.

Max Weber decía: “la ciencia proporciona conocimientos sobre la técnica que, mediante la previsión, sirve para dominar la vida... ..la ciencia proporciona métodos para pensar, instrumentos y disciplina para hacerlo”.

Pero por recurrir a la ciencia para hacer las cosas, no significa necesariamente que las estemos haciendo bien, o que estemos sirviendo buenas causas o causas justas; se puede causar mucho daño al usar acríticamente la ciencia; los totalitarismos del siglo XX fueron prueba de ello.

Tolstoi advertía que “La sola ciencia no tiene respuesta para las únicas cuestiones que nos importan [o deberían importarnos]: las de qué debemos hacer y cómo debemos vivir”; para eso están la filosofía y el humanismo en su sentido más amplio, aquel que prescribe los valores y principios para una vida en libertad.

En la Universidad Metropolitana nos empeñamos en ser un compendio de ciencias y humanidades para la vida en libertad, socialmente responsable.

Y precisamente para hacer realidad la vida amable, en libertad, y aquí diré algo que espero no suscite murmullos, debemos recuperar la política.

En algún lugar leí que habíamos llegado a aborrecer al gris y a cultivar el blanco o negro; mala cosa cuando lo único, o primero y más importante que interesa saber de alguien, de un libro, de un autor, de una propuesta, es a cuál bando pertenece, cuando todo lo reducimos a rótulos y etiquetas, que desencadenan reflejos automáticos, elementales, toscos.

Dividir al país en dos bandos desde el poder, identificar al «otro» con el mal, procurar quitarlo de en medio, incluso físicamente, fracturó deliberadamente el vínculo entre ciudadanos, instalando en la sociedad un peligroso e indeseable espíritu de guerra del que debemos librarnos; necesitamos vencer a la guerra misma, ella es el primer enemigo.

Pero ¿cómo derrotar al espíritu de guerra y a la guerra misma? Definitivamente no con más guerra sino con la política; me explico.

La Política se nos ha extraviado, escribí alguna vez, y es imprescindible recuperarla; sé que, al abogar por la recuperación de la política, inmediatamente se fruncen los ceños y entonces difícil misión la que nos toca: defender la política y convencer a nuestros auditorios de que asuman que la política no solo no es, cuando menos, un mal necesario, sino que es un bien

preciado, de que su mala práctica no nos debe llevar a renegarla. Una vez la echamos por la borda, y aquí estamos, con el país sumido en un estado de conmoción, originado en la anti política como práctica, fundamentalmente de gobierno. Para que la historia no se repita hacer de la política el instrumento de la convivencia, es imprescindible para el logro del bienestar colectivo.

Otto Von Bismarck, conocido como el Canciller de Hierro, sostuvo alguna vez que la política no debía tratar de vengar el mal realizado, sino de cuidar que no se reprodujera.

La política es fundamentalmente diálogo, tolerancia y convivencia; la manera de gobernar comunidades plurales, heterogéneas, diversas, que se quieren libres, sin violencia de ninguna especie contra los disidentes del poderoso; y la democracia es el método que garantiza que el disidente de hoy, pueda ser el gobernante de mañana, sin derramamiento de sangre.

¿Qué duda cabe que, en nuestra Venezuela de hoy, la democracia y la política están seriamente vulneradas? Una vida mejor y más amable para todos y entre todos es necesaria y posible; el poder establecido necesita de nuestro descreimiento, desinterés y apatía para perdurar; si queremos recuperar la democracia, no complazcamos al poder con nuestro descreimiento, desinterés y apatía.

Siendo éstas nuestras circunstancias, en las que coexisten los motivos para la pesadumbre, pero también para la satisfacción y la esperanza, ustedes que hoy se gradúan se habrán preguntado, junto con sus padres, acerca del futuro que les espera.

Si hay algo difícil de predecir es el futuro. Tantos acontecimientos absolutamente inesperados que nos sorprenden permanentemente, en la economía, las finanzas, la política, la cultura, que llegan a ser determinantes, y aun así persistimos en consultar los oráculos.

El futuro no es una profesión, aunque algunos han hecho de él un oficio lucrativo, y nadie tiene diploma de profeta. El “porvenir” siempre es inesperado y su gran cualidad es que es incansablemente sorprendente. Sorpresas te da la vida, como dice Rubén Blades, así que dejen en sus vidas un

espacio para lo inesperado, déjense sorprender y no pretendan el imposible de tener control absoluto sobre cuanto haya de ocurrirles.

Hasta hace poco, el mundo no cambiaba, o al menos no tan velozmente como ahora; lo que se sabía o se había aprendido en una carrera se utilizaba toda la vida; a los 18 años la abrumadora mayoría de la gente se jubilaba del conocimiento. El profesional de hoy, el técnico, el empleado, el emprendedor, tienen que actualizar constantemente sus conocimientos, so pena de quedarse atrás, obsoletos y periclitados, como solía decir un importante personaje de nuestro siglo XX.

En el aprendizaje de nuestro tiempo, la memoria está en desuso gracias a internet, a Google que todo lo sabe, aunque no siempre de modo confiable, y disponemos en nuestros computadores de una cantidad ilimitada, cuasi infinita de información. Pero entonces ¿qué nos queda por aprender? Pues, entre otras cosas, el arte de la síntesis y la capacidad de controlar una información cuya autenticidad o pertinencia no siempre sabemos o podemos verificar, asunto que frecuentemente ni siquiera nos planteamos.

Porque no solo estamos en la sociedad del conocimiento, sino también en la sociedad de la opinión, de la opinión bien fundamentada pero también de la disparatada, carente del conocimiento necesario que requiere una buena y valiosa opinión; y la tecnología de la información ahora permite la difusión masiva del conocimiento, pero también de cuanto desatino se le ocurra a todo usuario de redes.

Hace un rato decíamos que, al mundo actual, como nunca, lo mueve la ciencia y la tecnología, el conocimiento avanzado; a eso hay que agregar ahora que al mundo también lo mueve la opinión, la fundamentada pero también la disparatada. Eso también nos queda por aprender.

Lo que les quiero decir es que hoy, al salir de este Paraninfo, tienen que seguir aprendiendo, que el título que están recibiendo no los ha capacitado de por vida sino apenas para comenzarla...y este fue un buen comienzo, ¡Que las fuerzas del bien los acompañen! ¡Saludos y mucho éxito!